

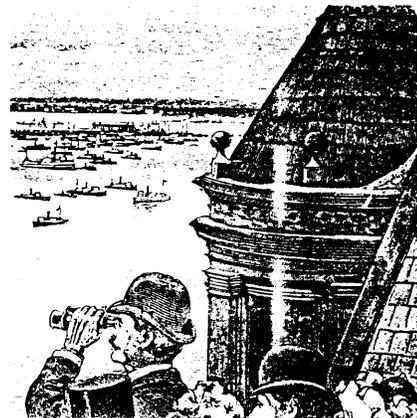
EL LIBRO ROJO

Jorge López Medel

Para Lupita Villarreal

EL tren número Uno del metro se detuvo en la calle 72 del lado oeste de Manhattan a las 6:08 de la tarde. Por ser la víspera del Día de Gracias la estación estaba llena de gente. Casi todos los trenes habían pasado repletos y, después de haber dejado pasar dos, Amanda estaba ansiosa por subir en éste. Esperó con impaciencia frente a las puertas del extremo más cercano del carro a que se abrieran y, a pesar de ocupar mucho espacio por ir cargando su bolsa de mano en piel, la de lona con sus libros y dos más de plástico con varias compras, decidió que esta vez no se haría a un lado para que la gente saliera; ya se había esperado bastante. El calor era insoportable en la estación, había basura por doquier, ratas que caminaban por los durmientes

de las vías, ese mundo de gente esperando, todo era tormentoso... y las puertas seguían sin abrirse. El hecho de que fuera la segunda quincena de noviembre, y las tardes tan frescas, hacía que la mayor parte de la gente llevara suéteres, chaquetas, o abrigos ligeros que ahí resultaban inadecuados, pues esa parada del metro sin ventilación parecía estar ubicada entre las estaciones del limbo y el averno. Sintió que su pelo rubio —decolorado aún más con la ayuda de su estilista del Village— se encontraba húmedo de sudor y pegado en las sienes. Para aumentar su desesperación, sintió que la mascada de seda verde olivo que llevaba montada en la nuca se había resbalado hacia un lado y estaba a punto de caérsele; el abrigo de lana le picaba la piel del cuello y sendas

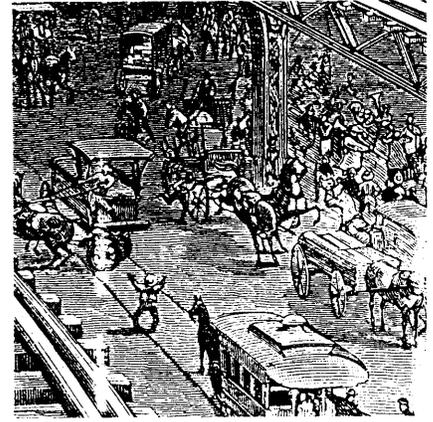
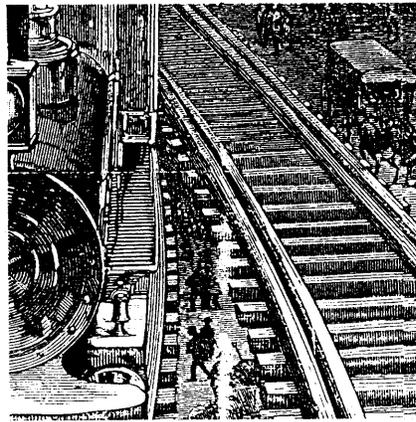
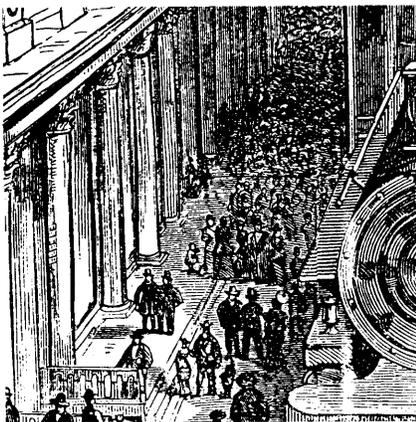


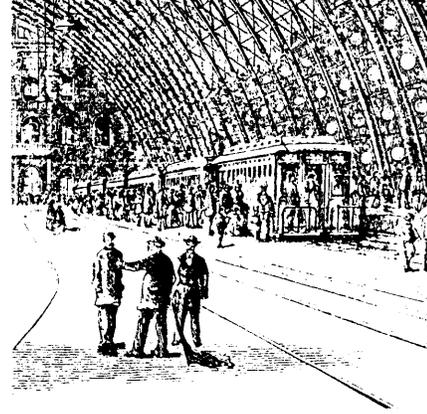
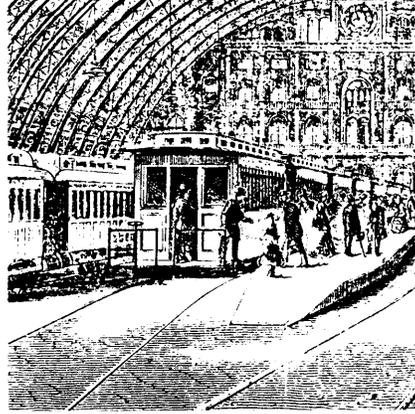
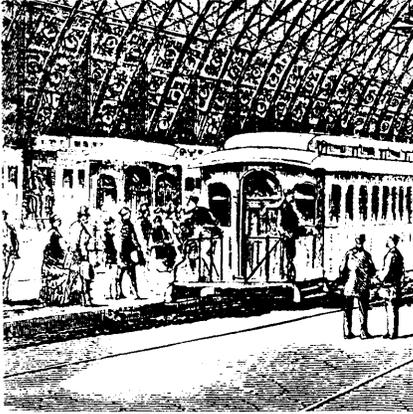
gruesas gotas de sudor que habían salido tímidamente de sus sienes ahora empezaban a escurrírsele lentamente por las mejillas. Los lentes comenzaron a nublársele debido a la evaporación del sudor que bajaba por el puente de su nariz, y ella, con ambas manos ocupadas, no podía hacer nada. Volteó hacia su lado izquierdo para encontrarse con la cara agradable de una joven negra con la que intercambió sonrisas. Le levantó ambas cejas en señal de impotencia ante la espera. La chica encontró este gesto tan gracioso que le devolvió una sonrisa completa, con exhibición de dientes y encías. Su dentadura era protuberante pero bien alineada como una gran hilera de dados y tan blanca como el interior de un coco. Después de pensarlo un momento, Amanda se inclinó hacia ella y la tocó suavemente en el hombro derecho con su izquierdo. La chica volteó a verla con ojos muy abiertos por la sorpresa. Amanda le dijo con tono amable y en voz baja: “¿Me podrías quitar los lentes y ponerlos en la bolsa de lona? —Y enseguida—: Si no es mucho pedir, quítame también la mascada y ponla en la misma bolsa... envuelve, por favor, los lentes con ella”. “¡Sí, claro!” contestó la joven y procedió a hacerlo. Cuando la chica hubo hecho esto, al ver el rubor sudado de Amanda, le echó aire sobre el rostro, abanicándole con una revista. Amanda cerró los ojos mientras duró el viento y al terminar éste, con una sonrisa de agradecimiento, le dijo a la joven: “Gracias, eres un mar de amabilidades; ahora me siento como una mujer totalmente diferente”.

En ese momento lo vio. Estaba esperando en las puertas de la mitad del mismo carro, a unos cuatro o cinco metros de las suyas; alto, aún más que ella, que era bastante alta, con unos

hombros que le parecieron enormes, su quijada cuadrada con una sombra azulada —“la barba de las seis”, pensó Amanda—; su pelo era negro y rizado, hirsuto, cejas pobladas, nariz recta, y la palidez de un ejecutivo: ¡un *yuppie*! El cuello de su camisa era de una blancura imaculada, la corbata roja se veía muy fina, de seda probablemente, con un nudo perfecto y un abrigo de lana que se adivinaba de la mejor calidad, negro. Se sintió sumamente atraída hacia él con una pasión tan cercana al enamoramiento como ilógica. Tratando de ser realista y sonriéndose consigo misma, Amanda se dijo: “Estos tipos son para otra clase de mujeres: las conservadoras, las no profesionales, para las que su mayor ambición es pescar un marido con dinero, disfrutar de ambos y criar hijos, mujeres que no tienen ideales sino ilusiones, mujeres...” El altoparlante anunció: “Damas y caballeros, gracias por su paciencia, hemos tenido una avería que reparar y no habíamos podido abrir las puertas, pero ya la hemos arreglado y se abrirán en unos instantes. Gracias una vez más por su paciencia”.

Finalmente, las puertas corredizas se abrieron y la gente empezó a salir presurosa. Amanda, parada exactamente frente a la salida, aguantó con estoicismo los empujones y las miradas de reprobación por bloquear el paso. Trataba de mantener sus cuatro bolsas al frente pero parecía que la gente se empeñaba en jalárselas hacia los lados. Se escucharon varios “con permiso” y “disculpe”, y ella misma, hipnotizada, mecánicamente dijo algunos. De repente la entrada estuvo libre y entonces los empujones empezaron a llegar por detrás. Entró con dificultad y fue a acomodarse cogiéndose de uno de los tubos que, de piso a techo, se encontraban frente a los últimos asientos de uno de los extremos del





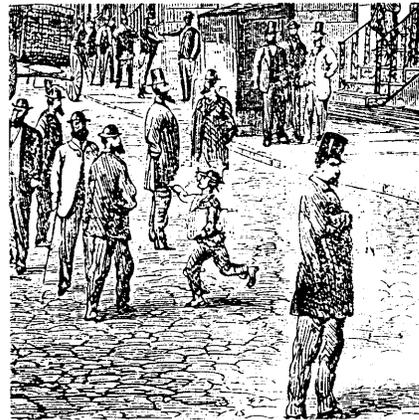
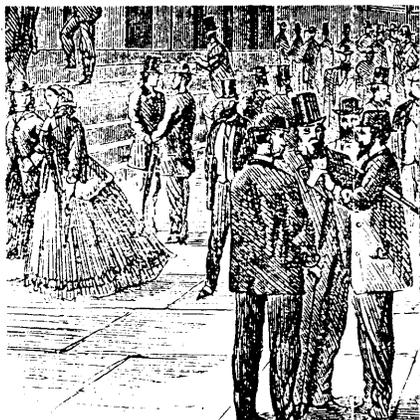
carro ya que, obviamente, todos los asientos iban ocupados. Después de haber estado en el infierno exterior, recibió el aire acondicionado, fresco y agradable, con verdadero alivio. Una vez que se sintió a gusto, empezaron a desfilar por su mente todas las actividades que le esperaban: terminar las tres cartas que había comenzado por la mañana en la computadora y que tenía que echar en el buzón antes de salir de viaje; hacer su lavado de ropa en las máquinas del sótano de su edificio; empacar lo necesario y envolver los regalos que llevaría a su familia; dejar dinero sobre la mesa junto con una nota para Servanda, la mujer dominicana que le haría la limpieza el sábado; y acostarse lo más temprano posible. Al día siguiente, jueves, Día de Gracias, tendría que salir a más tardar a las nueve de la mañana hacia Vermont para cenar con su familia: su madre, sus tres hermanos, sus cuñadas y sus siete sobrinos. Resintió haber aceptado ir a ese viaje tan largo sólo para estar con ellos en una fecha que para ella no tenía tanta importancia. Aunque el viaje lo haría con Molly, una de sus vecinas, que también iría a pasar esos días con su familia en un pueblo en el camino a Vermont —Springfield, Massachusetts—, ella era la que manejaría su coche durante todo el trayecto de ida y vuelta, pues Molly era pésima conductora. Pensaba regresar a más tardar a la una de la tarde del domingo, pero aun así sabía que el lunes siguiente estaría muerta de cansancio en su trabajo. Iba con la cabeza baja y ensimismada en sus pensamientos cuando llegaron a la estación siguiente, la 79. Al levantar la vista se dio cuenta de que él la estaba viendo con una mirada que comunicaba al mismo tiempo simpatía y curiosidad. Le sostuvo la mirada sin manifestar emoción alguna. Él le sonrió con

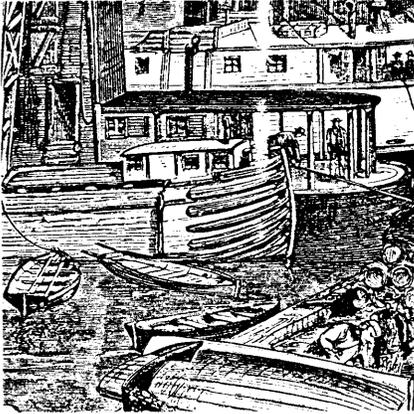
cierta timidez y el corazón de Amanda dio un vuelco; su imaginación se desbordó, no podía creer su suerte. “Es él, es él —se repitió—, es el que he estado esperando todos estos años”. Desde su matrimonio con Bobby, que había terminado en divorcio —después de sólo diez meses de vida en común—, hacía doce años, no había visto la suya. Sí, era cierto, había tenido innumerables pero breves *affairs* —de varias semanas, meses a lo más—, y hasta acostones, pero siempre habían sido con hombres con los que no podía pensar en un compromiso de por vida, ni siquiera en compromisos a largo plazo por ser de una situación diferente a la suya, ya fuera porque no tenían educación universitaria, eran racial o culturalmente diferentes, o más jóvenes que ella, y con algunos de los otros, los que aparentemente eran aceptables —y que generalmente conocía en *single bars*—; eran hombres que no deseaban compromisos, con los que sólo había estado unas horas porque sólo deseaban *eso* o estaban acostumbrados a *eso*, a tener escapes amorosos anónimos por un rato. Su familia, tan religiosa, tan anglosajona, tan americana, nunca le hubiera aceptado a ninguno de ellos; ya era hora de que pensara en sentar cabeza, en formar un hogar . . . tal vez en tener un hijo, aunque a su edad ya era un tanto peligroso. Lo volteó a ver nuevamente y él la seguía viendo con cierta curiosidad. El corazón de Amanda volvió a latir apresuradamente y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para superar sus emociones y sonreírle de una manera casual, con la naturalidad que la caracterizaba. No, definitivamente no era anglosajón, pero indiscutiblemente era un americano totalmente aceptable, de origen francés, judío tal vez. “Aún faltan quince estaciones —pensaba—. Esperará hasta que yo me baje, me seguirá y me acompañará a mi casa.

¿Será propio que lo invite a pasar? Aun en el caso de que lo invitara, no le ofreceré ninguna bebida alcohólica, un té tal vez. Pero eso sí, nada de cama, éste me tiene que tomar en serio. Además, tengo que salir mañana temprano para Vermont; sería una locura ... Desplegaré mi *charme* y aceptaré alguna cita para cenar, al teatro, o hasta para ver una película cualquier día de la semana que entra..." Volvió a verlo y se sonrieron nuevamente. "La próxima parada será en la calle 125", anunció el altoparlante. Estaban en la parada de la calle 116. Las puertas se abrieron, salieron algunos pasajeros y entraron varios grupos de jóvenes: chicos y chicas que obviamente eran alumnos universitarios. De entre los jóvenes que entraron por las puertas de en medio, resaltó la presencia de una muchacha bellísima, muy blanca, con los colores de la salud reventando sus mejillas, de pelo muy negro, rizado, abundante y con un brillo de champú de comercial televisivo. Llevaba pantalones de mezclilla y una enorme chaqueta acolchonada, de las rellenas de plumón de ganso, en poliéster azul rey con la capucha, forrada en amarillo canario, caída sobre la espalda; tenis altos, al tobillo, y un gran libro del tamaño y grosor de un diccionario de biblioteca, con cubierta de un rojo encendido y grandes letras doradas, que sostenía con ambos brazos sobre el pecho. La admiró, por su frescura y la seguridad que proyectaba, como quien admira una obra de arte. Después de observarla por unos diez segundos, volteó para ver su nuevo interés romántico, pero esta vez él no le devolvió la mirada; se encontraba arrobado ante la belleza de la pasajera recién llegada, quien parada muy cerca de él, parecía hacer alarde de su simpatía con risas y una plática efervescente que mantenía hipnotizados a todos los miembros de su grupo, tanto hombres como

mujeres. Durante parte del trayecto, él parecía ser uno más de los sujetos cautivados por el encanto de la chica. Después de dos o tres estaciones más, al voltear para verlo nuevamente, se encontró con que ahora él y la hermosa joven se encontraban enfrascados en una conversación. Ella parecía estarle explicando algo sobre el librazo rojo encendido que llevaba sobre el pecho y cuya contraportada ahora él se encontraba señalando con el índice de su mano izquierda. "Es zurdo", pensó Amanda. Después de esto, el tiempo se le fue como agua. De repente, las bocinas anunciaron: "Esta es la parada de la calle 207. La próxima parada es la de la calle 215". "La mía", pensó Amanda y se preparó para bajar.

La parada de la calle 215 se encuentra sobre fuertes columnas metálicas a lo largo de una avenida, a unos diez metros del suelo. Para salir hay dos escaleras que conducen a la calle, una está orientada hacia el norte, y la otra, hacia el sur. Amanda decidió llevar a cabo un juego que a menudo usaba por diversión y por creer que con eso contrarrestaba su mala suerte: hacer lo opuesto a la primera decisión que tomara. Como su mente le sugirió primeramente que bajara por la escalera que conducía al sur, que era la más próxima al carro donde viajaba, resolvió hacerlo por la del norte, que además era la que estaba orientada hacia su casa. Su ánimo estaba un poco bajo, estaba cansada, le faltaba caminar varias cuadras para llegar a su casa y llevaba todas esas bolsas, cuyo peso parecía ir creciendo con el transcurso del tiempo; además la actitud del tipo ese, que primero la había entusiasmado como a una niña a la que le ofrecen un juguete para luego quitárselo de repente de la manera más cruel, la había deprimido. Salió sin dificultad, pues el vagón ya llevaba poca gente. Soplaba un





viento despiadado y frío que se colaba por entre los escalones de las escaleras de fierro que tenían pasamanos de tubo pero ninguna pared que protegiera a quienes bajaban. Amanda descendía con dificultad por todas las bolsas que llevaba, y con miedo de que el viento le levantara abrigo y falda. Buscó por todos lados para detectar algún mirón inesperado. Hasta abajo, a tres metros del final de la escalera, con la espalda recargada sobre una de las gruesas columnas de fierro que sostenían las vías del metro, se encontraba el hombre más apuesto que había visto en mucho tiempo, tenía las manos en los bolsillos y una pierna recargada sobre la otra. Sus ojos, que parecían verdes, la observaban con intensidad y en sus labios se dibujaba una sonrisa, coronada por un mostacho tupido de color castaño. Parecía divertido con los esfuerzos de Amanda por mantener sus faldas por encima de las rodillas, que el viento insistente le arrebatava. Amanda se sintió inhibida en un principio, pero finalmente decidió aceptar la situación con buen humor y le sonrió. Reparó en su galanura y lo encontró soberbio, con prestancia. Incluso el desgano de su pose era atractivo. “Dios mío, pero sí parece un modelo profesional. Vaya, después de todo parece que éste sí es mi día de suerte; este tipo es incluso más guapo que el del metro”, se dijo. Ya no pudo separar sus ojos de los de él. Continuó bajando los peldaños que le faltaban y trató de encontrar con qué frase lo saludaría. No convenía pensar en ningún rebuscamiento, un simple: “Hola, ¿por qué tan sonriente?” bastaría. Tal vez él se ofreciera a ayudarla con las bolsas... “Con permiso”, dijo una voz detrás de ella. Se hizo a un lado por la dificultad que le ocasionaban sus bolsas. Una chica vestida de azul pasó casi volando, atropellándola, y bajó los tres últimos peldaños de un solo

brinco. Todo sucedió tan rápidamente que Amanda no entendió bien a bien qué era lo que estaba pasando. En tres segundos la chica y el galán se encontraron abrazados y besándose con una actitud entre apasionada y juguetona. Él parecía tener problemas para alcanzar a rodearla con los brazos debido a la chaqueta acolchonada azul rey —con una capucha amarillo canario— que la chica portaba y al enorme libro que sostenía con ambos brazos sobre el pecho. En el momento de pasar Amanda junto a ellos, el librote rojo —tan grande como un diccionario de biblioteca— cayó, después de resbalar de entre los brazos de la joven, y golpeó a Amanda en su zapato izquierdo. Amanda, aunque no tenía la posibilidad física de hacerlo, por instinto intentó agacharse para recogerlo pero sus bolsas le impidieron hacerlo con presteza. La chica, bellísima, muy blanca, con los colores de la salud reventando sus mejillas, se agachó rápidamente para recogerlo, y al ver la intención de Amanda por ayudarla, cuando las dos estaban aún acucilladas, la tocó en el hombro con reconocimiento, diciéndole: “¡Un millón de gracias!” , mientras le obsequiaba una cautivadora sonrisa con sus dos hileras de dientes perfectos. “De nada”, respondió Amanda un poco turbada, esbozando una mueca más que una sonrisa y evitando verla a los ojos. Al incorporarse, hubiera querido tener las manos libres para arreglarse el pelo y el cuello del abrigo que sentía desaliñados —pues estaba consciente que el galán la estaba observando—, pero se conformó con reacomodar torpemente la posición de las bolsas que llevaba recargadas a sus costados, cambió su mueca por una sonrisa de sabiduría y, con paso firme y la frente alta, continuó su camino.

Ciudad de México, a 11 de febrero de 1992